



“Luces y sombras del pasado tolteca en el siglo XVIII”

p. 21-50

Tula y los toltecas en la historiografía mexicana del siglo XVIII al XXI

Miguel Pastrana Flores

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

166 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía 16)

ISBN 978-607-30-7662-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/797/tula-toltecas.html>

D. R. © 2023. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LUCES Y SOMBRAS DEL PASADO TOLTECA EN EL SIGLO XVIII

*Siento tener que decepcionarle [...] pero sobre la época que
le apasiona sólo oír leyendas y cuentos de genios y divs.
Esta ciudad los cultiva con delectación.*

Amin Maalouf, *Samarcanda*

Preámbulo, siglos XVI-XVII

Para comprender el panorama historiográfico reinante en la Nueva España al comienzo del siglo XVIII respecto del tema de Tula y los toltecas es necesario atender a lo que, con toda justicia, señaló Julio Le Riverend al afirmar que

La historiografía de México en el siglo XVIII no es un fenómeno cultural más o menos espontáneo; tiene, por el contrario, profundas raíces en el pasado, no menos que en el presente. Puede asegurarse que sus antecedentes se pierden en la penumbra de una vieja tradición precortesiana cuya presencia se advierte hasta nuestros días.¹

En ese sentido es pertinente señalar que a comienzos del siglo XVIII imperaba un desconocimiento generalizado, tanto de los vestigios materiales de las sociedades mesoamericanas que permanecían ocultos bajo tierra o ignorados en diversas colecciones, como de la historiografía y los documentos de los siglos XVI y XVII referidos al pasado indígena. Efectivamente, se había perdido la pista de obras históricas tan importantes como la *Historia general de la cosas*

¹ Julio J. Le Riverend Brusone, “Historiadores de México en el siglo XVIII”, México, tesis de maestría en Historia, El Colegio de México, 1946, p. 1. Agradezco a Tania Ortiz Galicia el facilitarme esta tesis. Un extracto del primer capítulo de este trabajo se publicó como artículo, véase Le Riverend, “Problemas de historiografía”, *Historia Mexicana*, v. 3, n. 1, julio de 1953, p. 52-68.

de Nueva España de fray Bernardino de Sahagún, la *Historia de las Indias e islas de la tierra firme* de fray Diego Durán, la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, la llamada *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, así como textos en lengua náhuatl como los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Leyenda de los soles*, la *Historia tolteca chichimeca* o “las pinturas de los indios”, como el llamado *Códice Vaticano A*.²

Estas obras prolongaban, recuperaban, transcribían y trasvasaban la antigua tradición mesoamericana acerca de su historia y su cultura, ya fuera a manera de copias actualizadas de viejos códices, como de transcripciones en caracteres latinos de discursos orales, o refundiciones de diversos materiales en nuevos moldes. Las obras de los siglos XVI y XVII fueron los vehículos a través de los cuales la tradición náhuatl sobre su propio pasado tuvo larga vida y continuidad. Si los autores eran indígenas el acceso a la tradición se daba desde el seno del hogar, como es el caso de Hernando de Alvarado Tezozómoc al afirmar que en su obra se registran las antiguas tradiciones

según lo dijieran y asentaran en su relato, y nos lo dibujaran en sus “pergaminos” los que eran viejos y viejas, nuestros abuelos y abuelas, bisabuelos y bisabuelas, nuestros tatarabuelos, nuestros antepasados; aconteció que nos dejaron dicha relación admonitiva, nos la legaron a quienes ahora vivimos, a quienes de ellos procedemos, y nunca se perderá ni olvidará lo que hicieran, lo que asentaron en sus escritos y pinturas.³

² Lo que sigue es un breve resumen del tema, para más detalles véase Miguel Pastrana Flores, “Fuentes para el conocimiento de la religión de los antiguos nahuas”, en *La religión de los pueblos nahuas*, edición de Silvia Limón Olvera, Madrid, Trotta, 2008, p. 73-96; “Historiografía de tradición indígena”, en *Historia general ilustrada del Estado de México*, 6 v., Gobierno del Estado de México/El Colegio Mexiquense, 2011, v. II, p. 55-85; “Una historiografía en busca de historiadores. La historiografía de tradición indígena”, *Historiagenda*, octubre de 2018-marzo de 2019, 4a. época, n. 38, p. 5-13 y “Escritura e imagen de la historia náhuatl. La historiografía de tradición indígena de la conquista”, en *Tenochtitlan. La caída de un imperio*, Eduardo Matos Moctezuma, Miguel Pastrana Flores y Patricia Ledesma Bauchan, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2021, p. 277-290.

³ Hernando de Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, 2a. edición, introducción, paleografía y traducción de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, p. 4-5.

Si se trataba de autores hispanos, estos igualmente recurrieron a la tradición de los ancianos indios, tanto de forma oral como documental. Así lo resume el fraile franciscano autor de la llamada “Historia de los mexicanos por sus pinturas”:

Por los caracteres y escrituras de que usan, y por relación de los viejos de los que en tiempo de su infidelidad eran sacerdotes y papas, y por dicho de los señores y principales á quien se enseñaba la ley y criaban en los templos para que la deprendiesen, juntados ante mí y traídos sus libros y figuras que según lo que demostraban eran antiguas [...] parece...⁴

Debido a estos procesos, las obras historiográficas de tradición indígena recogieron la imagen que del pasado tolteca se habían forjado los autores de sus propias fuentes, la cual se nutría de la tradición náhuatl de resguardo del pasado. En ella Tula era vista como la ciudad ideal de los antiguos mesoamericanos donde todas las maravillas tenían lugar y sus habitantes, los toltecas, se presentaban como la encarnación de las más notables virtudes y habilidades; eran depositarios de grandes conocimientos y creadores de excelsas e incomparables muestras de artes plásticas, todo ello bajo la benevolente mirada de su gobernante, dios, sacerdote y personaje central Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl. Como ejemplo de esta visión idealizada pueden citarse las palabras de fray Bernardino de Sahagún:

Estos primeros pobladores, según lo manifiestan los antiquísimos edificios que agora están muy manifiestos, fueron gente robustísima, sapientísima y belicosísima. Entre otras cosas muy notables que hicieron, edificaron una ciudad fortísima, en tierra opulentísima, de cuya felicidad y riquezas aún en los edificios destruidos de ella hay grandes indicios. A esta ciudad llamaron Tulla, que quiere dezir “lugar de fertilidad y abundancia”, y aún agora se llama así, y es lugar muy ameno y fértil. En esta ciudad reinó muchos años un rey llamado

⁴ “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Juan Bautista Pomar *et al.*, edición e introducción de Joaquín García Icazbalceta, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, cap. I, p. 209.

Quetzalcóatl, gran nigromántico e inventor de la nigromancia, y la dexó a sus descendientes, y hoy día la usan.⁵

Es evidente que el franciscano se hace eco de la idealización del pasado tolteca que le manifestaron sus informantes nahuas del siglo XVI, pues al otorgar veracidad a sus palabras tenía que asumir como propia, por lo menos en parte, la visión grandilocuente de la historia tolteca. En ese mismo sentido deben verse las expresiones consignadas en el siglo XVII por Fernando de Alva Ixtlilxóchitl:

Estos tultecas fueron grandes sabios, filósofos y artífices, como parece en sus historias, porque entendían y conocían los cursos de los cielos con mucha cuenta y razón; usaban de pinturas y caracteres con lo cual tenían pintadas todas las cosas sucedidas desde la creación del mundo hasta sus tiempos; labraban el oro y piedras preciosas; edificaron las mejores ciudades que ha tenido el mundo, como se hecha de ver en las ruinas de ellas, en este pueblo de San Juan Teotihuacan, Cholula, Tula y otras muchas partes; sembraban todas las semillas y legumbres que se han hallado en esta tierra, y era gente vestida y muy diferente de los chichimecos en todo, y eran grandes idólatras y tenían templos y ídolos. Tenían su año solar tan ajustado y con tanta buena cuenta como nosotros lo tenemos, y finalmente, no ha habido en esta tierra nación más política y sabia.⁶

Lo anterior tan sólo por señalar un par de ejemplos dentro de la historiografía de tradición náhuatl, pero la idealización de Tula, los toltecas y lo tolteca no se limita al discurso histórico, pues incluso pasó a los usos del lenguaje, como puede verse en el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina de 1571, donde en la entrada *toltécatl* (a la letra ‘habitante de Tollan’) se registra “oficial de arte mecánica, o maestro”, lo que hoy podríamos designar como un artista. En ese sentido son

⁵ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., edición de Juan Carlos Temprano, Madrid, 1990 (Historia 16), libro VIII, prólogo, v. II, p. 555.

⁶ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico del reino de Texcoco”, en *Obras históricas*, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, 2a. edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 421.

significativas e ilustrativas las acepciones que recoge Gabriel de Rojas en su *Relación de Cholula* de 1585, donde se dice que el topónimo Tollan (a la letra ‘donde abundan los tules o juncos’, ‘el tular’ y de donde deriva el vocablo castellanizado Tula) tiene dos sentidos. El primero “congregación de oficiales de diferentes oficios” y el segundo, “multitud de gente congregada en uno, a similitud del tule”.⁷ En ambos casos se alude la densidad demográfica que implica toda realidad urbana, así como a la concentración de recursos, especialidades económicas y artísticas.

En la tradición náhuatl se presentaban dos imágenes principales de Topiltzin Quetzalcóatl. Por una parte, aparece como un joven guerrero, vengador del asesinato de su padre, conquistador de pueblos y fundador de Tula. Por otra, está la figura de un anciano sacerdote, recluso en palacios prodigiosos, dedicado al culto de los dioses y a la mortificación de su propio cuerpo que se ubica temporalmente durante la caída misma de la ciudad de los toltecas.⁸ Estas dos visiones del mismo personaje han generado toda clase de comentarios, discusiones y propuestas.

Recordemos que la mayor parte de las obras históricas de los siglos XVI y XVII no estaban disponibles en el XVIII. En el mismo sentido debe agregarse que entre las obras publicadas antes del 1700 que refieren a algo de la historia indígena antigua, como algunas *Cartas de relación* de Hernando Cortés, la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, la *Historia natural y moral de la Indias* del jesuita José de Acosta, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y Rivadeneira, el *Theatro mexicano* de fray Agustín de Vetancurt, o las llamadas *Décadas* de Antonio de Herrera y Tordesillas, solamente la monumental y farragosa

⁷ Gabriel de Rojas, “Relación de Cholula”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI, Tlaxcalla*, 2 v., edición de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1984-1985, v. II, p. 128.

⁸ Para el primer caso véase, por ejemplo, los “Anales de Cuauhtitlan”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, 2a. edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, p. 3-68, para el segundo, Sahagún, *Historia general*, libro III.

Monarquía indiana de 1614, del franciscano fray Juan de Torquemada, habla de los toltecas con cierta extensión; debe destacarse que en esta obra su autor reunió y compendió toda la información a la que tuvo acceso. En el tema que nos ocupa el franciscano conoció buena parte de los materiales de su hermano de hábito fray Bernardino de Sahagún, así como textos similares, si no es que los mismos, que sirvieron a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en la redacción de sus obras históricas, además de otros informes y fuentes no identificadas. También debe advertirse que esta obra se convirtió, justamente por su carácter de compendio de otras crónicas e historias, en el principal referente de información sobre el pasado indígena del centro de México por más de dos siglos.

A este panorama de falta de continuidad en el conocimiento de obras historiográficas claves se suma que la historia indígena dejó de ser un tema de interés por mucho tiempo. Si bien en el siglo XVII destaca la figura de Carlos de Sigüenza y Góngora como investigador del pasado indígena, parece que se trata de un caso aislado, además, la mayoría de sus obras permanecieron inéditas y con el tiempo muchas de ellas se perdieron. En este contexto surgieron personajes relevantes que retomaron el tema de la historia indígena antigua y le dieron nuevos rumbos, de ellos comentaremos brevemente las obras de Lorenzo Boturini, Mariano Veitia, José Joaquín Granados y Gálvez, Francisco Javier Clavigero y José Antonio Heredia y Sarmiento.

Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755)

La importancia para la historiografía sobre el México antiguo del caballero Lorenzo Boturini Benaduci⁹ y su *Idea de una nueva historia*

⁹ Sobre la vida y la obra de Boturini véase los trabajos de Miguel León-Portilla, “Estudio preliminar”, en *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, Lorenzo Boturini Benaduci, 3a. edición, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 2007, p. IX-LXIX; Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, “Lorenzo Boturini”, en *La creación de una imagen propia. La tradición española*, coordinación de Rosa Camelo y Patricia Escandón, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas,

general de la América septentrional, publicada en Madrid en 1746, reside principalmente en tres méritos. Primero, retomar el tema de la historia indígena desde el relativo olvido en el que había caído, pues desde los trabajos de Sigüenza y Góngora, en el siglo XVII, no se había tocado el asunto. Segundo, el interpretar el pasado indígena a la luz de una filosofía moderna de la historia, el pensamiento de Giambatista Vico, que se alejaba de la interpretación idolátrica y demoníaca de la religión indígena antigua predominante en el mundo hispánico y, tercero, la preocupación por darle un sustento documental. Veamos someramente los dos últimos aspectos en relación con Tula y los toltecas.

Como se sabe, Boturini fue un seguidor del pensamiento del filósofo italiano Giambatista Vico expresado en su libro *Principi d'una scienza nuova intorno alla natura delle nazioni*.¹⁰ Esta obra proporcionó a Boturini elementos para una primera propuesta de estructura de su propia obra, así como claves interpretativas para comprender a las sociedades indígenas y los elementos conceptuales necesarios para plantear un sentido general del desarrollo histórico de los pueblos indios en tres grandes etapas, la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres. Como lo dice él mismo: “He repartido la Historia Indiana en tres Edades: La primera, la de los Dioses, la segunda, la de los Heroes: La tercera, la de los Hombres [...] y de esta suerte determiné tratar de sus cosas en dichos tres tiempos, Divino, Heroyco, y Humano”.¹¹ Aunque Boturini no lo menciona en la *Idea de una nueva historia general...*, en el único tomo que escribió de su segundo libro, la *Historia general de la América Septentrional*, hace cumplida referencia y elogio del filósofo italiano:

2012, v. I, p. 481-495; y Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 236-248.

¹⁰ Giambatista Vico, *Principios de una ciencia nueva en torno a una naturaleza común de las naciones*, introducción de Max H. Fisch, traducción y prólogo de José Carner, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

¹¹ Lorenzo Boturini, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional. Fundada sobre material copioso de figuras, Symbolos, Caracteres, y Geroglíficos, Cantares, y Manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos*, facsímil [1746], palabras preliminares de Ma. Teresa Franco, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, párrafo II, 1, p. 7. Véase Vico, *Principios de una ciencia nueva...*



Juan Bautista Vico, águila y honor inmortal de la deliciosa Pertenope, que por espacio de treinta años sucesivos meditó en la común naturaleza de las naciones gentílicas, labrando un nuevo sistema del derecho natural de las gentes sobre las dos columnas de la Providencia y del libre alvedrío [...] es el único que abre camino para penetrar el espeso bosque de la gentilidad, enseñando cómo el orden de las ideas de los hombres fue correspondiente al que tenían las cosas humanas.¹²

Como lo han señalado varios estudiosos, el manejo de esta filosofía de la historia le permitió a Boturini desprenderse de la interpretación demoníaca de la religión indígena que hasta entonces había imperado en las obras coloniales.¹³ Así pudo pensar la historia indígena en parámetros comparativos con otros pueblos del mundo sin caer en la condena moral por la idolatría. Al respecto es interesante anotar el juicio crítico de Francisco Javier Clavigero: “El sistema de historia que se había formado era demasiado magnífico, y por lo mismo algún tanto fantástico [presuntuoso]”.¹⁴ Con esto quiere señalar la complejidad de la realidad histórica y cultural de los pueblos indígenas respecto de cualquier esquema explicativo que pretenda dar respuesta a todos los aspectos de su devenir.

En lo que toca al manejo de las fuentes hay que ponderar como, desde el subtítulo de la *Idea*, Boturini dejaba en claro la importancia concedida a un apoyo documental sólido para el estudio de la historia indígena, pues afirmaba que estaba *Fundada sobre material copioso de Figuras, Symbolos, Caracteres, y Geroglíficos, Cantares y Manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos*. De hecho buena parte de sus esfuerzos estuvieron dirigidos a la obtención de libros, manuscritos y códices con los que conformó una copiosa colección a la que dio el nombre de Museo Histórico Indiano, el cual, sostenía “puede servir para ordenar, y escribir la Historia General de aquel

¹² Lorenzo Boturini, *Historia general de la América septentrional*, edición, estudio, notas y apéndice de Manuel Ballesteros Gaibrois, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990, cap. II, 1, p. 18.

¹³ Véase Matute, *Lorenzo Boturini...*, p. 59-60.

¹⁴ Francisco Javier Clavigero, “Noticia de los escritores. Siglo XVIII”, en *Historia antigua de México*, 2a. edición, 4 v., edición y prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1958, ils. (Escritores Mexicanos, 7-10), v. I, p. 23.

Nuevo Mundo, fundada en Monumentos indisputables de los mismos Indios”.¹⁵ Esta última expresión, “monumentos indisputables”, en el sentido que no podían ser puestos en duda deja muy en claro lo que Boturini pensaba acerca de la credibilidad de las fuentes por él reunidas. Es claro que desde su perspectiva su obra estaba sólidamente construida y por eso buscaba constituirse en un modelo para el estudio de las antigüedades indígenas.

Posiblemente Boturini fue el primer autor que se planteó de manera sistemática el problema de compilar fuentes documentales para el estudio del pasado indígena; esto ocurrió, por una parte, porque su lejanía temporal le impedía recabar la información a partir de su propia experiencia, como ocurrió con muchos autores del siglo XVI y, por otra parte, se debió a los nuevos requerimientos críticos que surgían en su época respecto del conocimiento del pasado de los indios.¹⁶

Sin embargo, conviene advertir que —siguiendo el pensamiento de Vico— Boturini consideraba que el lenguaje usado en las fuentes correspondía a las tres diferentes etapas de su devenir, así para el tiempo divino los indios “referían al pueblo la historia antigua con unas Fábulas Divinas, que separaré de las demás de otros tiempos, llamándolas a su lugar adecuado, y explicándolas en el propio sentido de sus Autores, que fueron Poetas Theologos”.¹⁷ De tal modo, esta premisa, según la cual los cambios en el lenguaje correspondían a cada una de las etapas históricas planteadas por Vico, se convertía en un principio metodológico fundamental para estudiar las características sociales y culturales de los indios.

Como es conocido, Boturini fue detenido y luego expulsado de Nueva España por carecer de autorización para entrar y realizar diversas actividades, especialmente la colecta para la coronación de la virgen de Guadalupe, por ello fue remitido a la península ibérica,

¹⁵ Boturini, *Idea de una nueva historia general...*, Catálogo del Museo Histórico Indiano, portada.

¹⁶ Véase Jorge Cañizales Esguerra, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, traducción de Susana Moreno, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

¹⁷ Boturini, *Idea de una nueva historia general...*, párrafo III, 4, p 10. Véase Vico, *Principios de una ciencia nueva*, libro III, p. 179-254.



donde pronto fue rehabilitado e incluso logró que se le distinguiera con el cargo de Cronista en Indias. Aunque alejado en España de sus queridos documentos, poco es lo que pudo aprovechar de ellos para la elaboración de la *Idea de una nueva historia general...*, y para la redacción del primer tomo de su proyectada *Historia general de la América septentrional*, misma que quedó manuscrita y olvidada hasta su publicación en el siglo XX.¹⁸

Al seguir el esquema de Vico de tres edades —la de los dioses, la de los héroes y la histórica—, en la *Idea de una nueva historia general...* don Lorenzo ubica a los toltecas justamente en la transición de la edad heroica a la histórica, que Boturini establece con precisión en el año 660 en que, según ciertos documentos, el astrónomo tolteca Huematzin reunió a los sabios indígenas para elaborar el *Teomoxtl* “Libro divino”, supuesto códice antiguo que compendia toda la sabiduría de los toltecas sobre las leyes, el régimen político, el calendario, también “incluía la filosofía moral” así como los misterios de la religión indígena y, especialmente, refería las principales noticias acerca de su devenir histórico. Por ello en el “año de 660 entró, rigurosamente [sic] hablando, en nuestros Indios la tercera Edad, ó sea el Tiempo Histórico”.¹⁹

Para el caballero italiano, los toltecas representan un pueblo real, autor de grandes aportes culturales, al grado que metafóricamente el gentilicio “*Tultécatl*, quiere decir *Indio Tulteco*, esto es, *Artífice*, y *Sabio*, porque lo eran los de esta nación, pues labraban piedras preciosas, y comunes; edificaban sumptuosos Templos, y Palacios; y texían lienzos tan sutiles de algodón, que podían nuevamente despertar los zelos de Minerva”.²⁰ En esto, recordemos, don Lorenzo seguía la antigua tradición indígena consignada en los textos coloniales que había recuperado en la cual se idealizaba el pasado tolteca y todas sus manifestaciones culturales.

Al representar los avances culturales de los toltecas en tránsito entre la edad heroica y la histórica los documentos atribuidos a ellos

¹⁸ La editó en 1949 Manuel Ballesteros, se reeditó en 1990 por la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹⁹ Boturini, *Idea de una nueva historia general...*, párrafo XXI, 2, p. 140.

²⁰ *Ibidem*, párrafo XIV, 2, p. 77.

eran los únicos que podían iluminar el pasado más remoto de los pueblos indígenas, en especial el difícil tema de su procedencia, pues como dice el caballero italiano, “en una noche tan oscura, en un mar de tantas literarias tormentas, en tantos escollos de dificultades, no hallé otra luz, otra calma, otro puerto, que el de las Historias de los mismos Indios”.²¹ Los vínculos entre los prestigiosos toltecas y los aguerridos mexicas comenzaban por compartir la misma lengua, pues “aunque la que al presente hablan, y hablaron en la Gentilidad los Mexicanos no es suya, sino aprehendida de las otras antecedentes Naciones; y más bien se debía llamar Tulteca”.²² De esta manera, concedía una cierta unidad lingüística y cultural entre los pueblos de raigambre náhuatl del centro de México.

Sin embargo, hay que tener presente que la *Idea de una nueva historia general de la América septentrional* era sólo eso, una idea, un plan general o proyecto, para escribir una extensa historia general, por ello los temas sólo están esbozados en sus líneas principales. De haberlo realizado por completo seguramente su desarrollo hubiera sido muy distinto y es de esperarse que se separara de su modelo en diversos puntos. Una breve muestra de ello es su visión de ciertos aspectos del culto de los pueblos nahuas, pues en la *Idea de una nueva historia general* Boturini ve con simpatía la tradición chichimeca de Tetzoco, “donde floreció en tiempos Gentiles una famosa Universidad de todas las Ciencias, y Letras Humanas, y donde los Señores de la Tierra embiaban a sus Hijos para aprehender lo mas pulido de la Lengua Náhuatl, la Poesía, la Filosofía Moral, la Theología Gentilica, la Astronomía, Medicina, y la Historia”, lugar donde gobernaron “Monarcas tan sublimes, y sabios”,²³ como Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, mientras que en el único tomo de la *Historia general de la América septentrional* el italiano se escandaliza ante los ritos sangrientos realizados por los mexicas durante el ciclo anual de fiestas —a tal grado que declara que si el asunto no fuera

²¹ *Ibidem*, párrafo XVI, 11, p. 110.

²² *Ibidem*, Museo Histórico Indiano, Advertencias, 1, p. 95, y agrega: “Es por cierto dicha lengua de exquisito primor, y excede a la Latina en la propiedad de las voces, teniendo unos altos conceptos, y frequentissimas metáforas, que la realzan”.

²³ *Ibidem*, párrafo XXII, 1, p. 142.

indispensable en su esquema de trabajo e interpretación lo “pasaría por alto”— pues “no pocas veces me dio asco, especialmente en la tercera edad [la histórica], en que nuestros indios llegaron al último delirio de sus pretendidas deidades”.²⁴

Así, al seguir la visión idealizada de lo tolteca trazada por Ixtlilxóchitl, don Lorenzo planteó dos vertientes en el aprovechamiento y fidelidad de la herencia espiritual tolteca. Por una parte, la vertiente tetzcocana, apacible y sabia y, por otra, la vertiente mexicana, guerrera y sanguinaria. Como se verá más adelante, esta idea resurgirá, con diversos matices, en autores posteriores. Aquí conviene señalar que, si bien liberó al pasado indígena de la visión idolátrica cristiana, no por ello era más comprensivo respecto de los puntos más álgidos y polémicos de la cultura indígena.

Mariano Fernández de Echeverría y Veitia (1718-1780)

La *Historia antigua de México* de Mariano Fernández de Echeverría y Veitia²⁵ es un esfuerzo notable de acercamiento al mundo indígena. En su análisis debe tenerse presente que se trata de una obra inconclusa que el autor no pudo poner a punto. Como lo ha hecho notar Tania Ortiz Galicia, la obra de Veitia ha sido editada de manera

²⁴ Boturini, *Historia general...*, párrafo XII, 1, p. 115. Y más adelante agrega: “Todo era crueldad, todo era miedo y espanto; y no hallaba otro refugio su turbada fantasía, sino inventar nuevos cultos y fiestas a los dioses que habían sido de la devoción de sus antepasados, o que ellos fabricaban como de molde cuando se les antojaba”. Boturini, *Historia general...*, cap. XII, 1, p. 117.

²⁵ Sobre la vida y obra de Veitia véase los trabajos de Margarita Alfaro Cutanga, *El caballero don Mariano Fernández de Echeverría y Veitia*, prólogo de Isolda Alfaro, Madrid, Testimonio, 2003; de Tania Ortiz Galicia, “La construcción de la imagen de la Nueva España y la reelaboración de la historia mexicana. Mariano Veitia y la Historia antigua de México”, México, tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2008, “La conciencia histórica en el siglo XVIII novohispano a través de la obra sobre el México antiguo de Mariano Veitia”, tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Historia, 2014, y “En torno a la ‘totalidad del texto’. Una propuesta de relectura de la Historia antigua de Mariano Veitia”, en *De historiografía y otras pasiones. Homenaje a Rosa Camelo*, coordinación de Álvaro Matute y Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2016, ils. 167-180.

muy deficiente pues los manuscritos más completos, casi todos de mano del propio autor, permanecen inéditos. Incluso el título de la obra es impreciso, el más probable es el propuesto por Ortiz: *Historia general de la Nueva España*.²⁶ Pero, en tanto se emprende la edición crítica de la obra y se restituye el título, usaré la designación tradicional para evitar confusiones.

Veitia nació en la ciudad de Puebla de los Ángeles, se formó como abogado, viajó a Madrid donde conoció a Boturini durante su estancia en España, el italiano se alojó en la casa del primero y en la amistad que surgió Veitia se interesó por la historia antigua de Nueva España, como lo dice él mismo en el “Discurso preliminar” que debía introducir la *Historia antigua de México*: “regularmente giraba la conversación en los asuntos de esta Historia, con lo que logré aprovecharme de cuanto había trabajado en ella, porque nada me reservaba su amistad”.²⁷ Posteriormente, Boturini encargó a Veitia que le enviara documentos de su *Museo histórico indiano*, encargo que el poblano se preparaba para cumplir cuando supo de la muerte de su mentor y amigo, pues “antes de concluirse las copias, y poderse las remitir, tuve la sensible noticia de haber fallecido”.²⁸ Veitia siempre reconoció su deuda intelectual con Boturini, sobre lo cual escribió:

El caballero Boturini que trabajó muchísimo en la inteligencia y explicación de este calendario [de los indios], a quien debe el público haber sacado de las obscurísimas tinieblas, en que yacían este precioso resto de historia antigua, como la invención de tantos exquisitos y estimables monumentos que recogió a fuerza de imponderables fatigas, y a quien yo me confieso enteramente deudor de las primeras luces e instrucción de los principales puntos de esta Historia.²⁹

²⁶ Ortiz, *La conciencia histórica en el siglo XVIII...*, p. 22-25.

²⁷ Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, “Discurso preliminar de la *Historia general de la Nueva España*”, f. 16v, en “La conciencia histórica en el siglo XVIII novohispano a través de la obra sobre el México antiguo de Mariano Veitia”, Tania Ortiz Galicia, tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Historia, 2014, p. 285-315. En tanto se emprende la edición de este “Discurso...”, agradezco a Tania Ortiz Galicia el facilitarme este trabajo.

²⁸ Veitia, “Discurso preliminar...”, f. 17r.

²⁹ Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, *Historia antigua de México*, 2 v., México, Editorial del Valle de México, 1979, libro I, cap. v, v. I, p. 57-58.



Aunque debe insistirse que Veitia no siguió las ideas filosóficas del italiano ni su esquema histórico, sino que desarrolló sus propios criterios interpretativos, pues como el mismo aclara: “mas yo muy desigual a Boturini en el talento y erudición, no me propuse otro plan que el de una sencilla narración Histórica, fielmente sacada de documentos antiguos que he recogido, sujetándola en cuanto me fue posible a las Leyes y preceptos, que debe observar un Historiador sincero y imparcial”.³⁰ Así es frecuente encontrar críticas y correcciones puntuales a las ideas de Boturini en el trabajo del poblano, sobre todo en el estudio de los calendarios indígenas, “por los motivos que expongo sinceramente al juicio de los lectores”.³¹ Si bien Veitia no explica con claridad qué entiende por una “sencilla narración histórica”, puede pensarse, por contraste con el planteamiento filosófico seguido por su mentor, que concebía su obra más como una narración lineal y cronológica centrada en acontecimientos y personajes notables que como una discusión o aplicación de categorías universales como las que proponía Vico y retomaba el caballero italiano.

En cuanto a las fuentes usadas por Veitia, el autor resalta tanto la importancia de los documentos recabados por Boturini en su Museo Histórico Indiano, como el análisis filológico, sobre todo de la lengua “mexicana”, sin dejar de lado la experiencia personal del trato con los propios indígenas. Sobre la forma de abordar las fuentes destaca su deuda con Boturini, pues escribió su propia obra “valiéndome de las reglas y advertencias que de él aprendí para discernir lo fabuloso de lo Real, y las noticias ciertas de las inciertas”.³² Aunque en el cuerpo de la obra no se dice explícitamente cuáles eran esas “reglas y advertencias” para la crítica de las fuentes ni como habían de seguirse.

Para Veitia los fundamentos de la historia indígena fueron establecidos por los toltecas, quienes incluso tuvieron noticia del diluvio bíblico “tan puntualmente anotada por la nación tolteca, de cuyos mapas históricos la sacaron los autores que escribieron en estas

³⁰ Veitia, “Discurso preliminar...”, f. 18r.

³¹ *Ibidem*, f. 18v.

³² *Ibidem*, f. 18r.

monarquías de México y Texcoco”.³³ Como puede apreciarse, para el autor era muy importante vincular la tradición histórica de los antiguos mexicanos con la bíblica. Con ello buscaba destacar la doble fundamentación de una y otra historia, por una parte, darle a la tradición indígena un lugar en la historia universal y, por otra, cotejar el relato bíblico con un testimonio independiente.³⁴

De entre las fuentes documentales revisadas por Veitia, el autor destaca las obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, a quien consideraba “uno de los más bien instruidos y más autorizados en las diferentes relaciones que escribió en diversos tiempos”.³⁵ En el mismo sentido, en otro pasaje, agrega que “entre los manuscritos que he recogido merecen singular atención los del insigne D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl”.³⁶ De esta forma, la obra escrita de Ixtlilxóchitl le proporcionó no sólo el principal caudal de información, sino también una secuencia histórica en tres etapas correspondientes a ciertos pueblos notables en cada una de ellas, los toltecas, los chichimecas y, finalmente, los tetzcocanos junto con los tenochcas; esquema que de una u otra forma sigue siendo importante hasta nuestros días.³⁷

Para Veitia los toltecas son un pueblo de indudable existencia histórica, fundador de valiosas tradiciones culturales e instituciones, pues afirma que la “nación tolteca entre todas las que poblaron estos países fue la más bien instruida, y la que mejor supo retener las memorias de su origen y antigüedad hallando su talento el modo

³³ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. II, v. I, p. 35-36.

³⁴ Este no es el único caso entre los criollos novohispanos del siglo XVIII, también lo hizo el padre Pedro José Márquez; véase Miguel Pastrana Flores, “Un lugar en la historia universal. La interpretación del pasado indígena en la obra del padre Márquez”, en *El Clasicismo en la época de Pedro José Márquez, 1741-1820. Arqueología, historia, música y teoría arquitectónica*, coordinación de Oscar Flores Flores, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2014, p. 347-358.

³⁵ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. II, v. I, p. 3.

³⁶ *Ibidem*, libro I, cap. X, v. I, p. 105.

³⁷ Por ejemplo, puede verse que en la más reciente *Historia antigua de México*, coordinada por Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, en el volumen tercero, que trata el período Posclásico, se les dedican sendos apartados a las etapas “tolteca”, “chichimeca” y de “la Triple Alianza” al devenir del Altiplano Central de México, mismas que se corresponden bien a las etapas postuladas por Ixtlilxóchitl y seguidas por Veitia.

de conservar y pasar a sus sucesores las noticias de su historia”.³⁸ La sabiduría de los toltecas abarcó también aspectos espirituales, como la noción de la existencia de un dios único, pues

alcanzaron con claridad el verdadero origen y principio de todo el Universo, porque asientan que el cielo y la tierra y cuanto en ellos se halla es obra de la poderosa mano de un Dios Supremo y único, a quien daban el nombre de Tloque Nahuaque, que quiere decir, *criador de todas las cosas*.³⁹

La supuesta existencia de estas ideas teológicas entre los antiguos mexicanos llevó a Veitia a sospechar la posibilidad de la primitiva difusión del cristianismo entre los indígenas. En esto se sumaba a la antigua y larga tradición colonial de una posible preevangelización en tierras indias antes de la llegada de los castellanos.⁴⁰ Así, con estas ideas interpretó el culto a la diosa Cihuacóatl ‘Serpiente femenina’, como una figura alegórica de la Eva de la tradición judeocristiana tentada por la serpiente en el paraíso terrenal:

los antiguos toltecas tuvieron perfecto conocimiento del pecado del primer hombre cometido a sugestión de la mujer, engañada de la serpiente [...] y que esto fue lo que ellos quisieron explicar en estas pinturas simbólicas, para que por medio de ellas pasase esta noticia a sus descendientes: mas desfigurándola después la ignorancia, introdujo fábulas y errores con que ofuscó la verdad y trastornó el verdadero culto.⁴¹

³⁸ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. I, v. I, p. 30.

³⁹ *Ibidem*, libro I, cap. I, v. I, p. 30.

⁴⁰ Por ejemplo, véase Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2a. edición, edición de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, Libro de los ritos, cap. I; v. I, p. 9-10: “Las hazañas y maravillas de Topitzin [Quetzalcóatl] y sus hechos heroicos son tan celebrados entre los indios y tan mentados y casi con apariencias de milagros, que no sé qué me atreva a afirmar ni escribir de ellos, sino que en todo me sujeto a la corrección de la santa iglesia católica. [...] Pero gran fuerza me hace su vida y obras a pensar que, pues estas eran creaturas de Dios racionales y capaces de la bienaventuranza que no los dejaría sin predicador, y si lo hubo, fue Topiltzin”.

⁴¹ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. I, v. I, p. 30-31. Esta identificación tiene sus antecedentes en las obras de fray Bernardino de Sahagún y fray Juan Torquemada, el primero asienta: “parece que esta diosa es nuestra madre Eva, la cual fue engañada de la culebra, y que ellos tenían noticia del negocio que pasó entre nuestra madre Eva y la

En los textos de Veitia los toltecas fueron hombres sabios, de una gran virtud que se valieron del uso de metáforas poéticas sobre el pasado con propósitos moralizadores: “para reprender varios vicios” y “condenar la ociosidad”.⁴²

Veitia desarrolla en su obra la imagen de Quetzalcóatl, sacerdote y gobernante tolteca, como un ser real, un hombre bueno de santas costumbres, pues

no hay autor entre cuantos han escrito de cosas de Indias que no hable de este santo varón prodigioso, pero todos con confusión, según las noticias que adquirieron, ya mezcladas con fábulas, ya explicadas con alegorías dadas o por gente vulgar, o por personas bien instruidas y mal entendidas por los escritores, de suerte que lo hacen Dios, Rey, Sacerdote, Mágico, y finalmente se encuentran en estas relaciones mil extravagancias y contrariedades, que causan notable repugnancia.⁴³

Al dar como válidas las descripciones de las fuentes que presentan a Quetzalcóatl como un hombre de grandes virtudes, muchas de ellas equiparables al cristianismo, Veitia desarrolló de manera lógica y natural la noción de que Quetzalcóatl había sido un primitivo portador de la verdad evangélica, incluso llega a identificarlo con el apóstol Santo Tomás: “Por ahora basta lo dicho para demostrar que Quetzalcohuatl, a quien atribuyen toda la instrucción de su ceremonial, culto y religión, no pudo ser otro que algún apóstol o discípulo de Jesucristo”.⁴⁴

Para ello se apoyaba en la tradición colonial, especialmente en el dicho de don Carlos de Sigüenza y Góngora en una obra perdida, titulada *Fénix del Occidente, Santo Tomás Apóstol con el nombre de*

culebra”, *Historia general...*, libro I, cap. VI, v. I, p. 74. Por su parte Juan de Torquemada dice: “fue la primera mujer del mundo, madre de todo género humano, la cual es verdad que fue engañada de la culebra”, *Monarquía indiana, de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra firme*, 7 v., edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, libro VI, cap. XXXI, v. III, p. 98-99.

⁴² Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. III, v. I, p. 45.

⁴³ *Ibidem*, libro I, cap. XV, v. I, p. 143-144.

⁴⁴ *Ibidem*, libro I, cap. XVIII, v. I, p. 160-161

Quetzalcóatl entre las cenizas de antiguas tradiciones conservadas en piedras, en teomoxtles tultecos y en cantares teochichimecos y mexicanos, así como en los comentarios de Boturini, al respecto asevera que a pesar de “faltarme este apoyo, valido los monumentos que tengo entre ambos [Boturini y Sigüenza], me atrevo a afirmar que este prodigioso varón fue el apóstol Santo Tomás; y las pruebas que ministran estos documentos me parece que lo persuaden”.⁴⁵

El vínculo de los toltecas con los mexicas y otros pueblos de habla náhuatl es fundamentalmente de índole cultural, pues todos pertenecen a una misma tradición, la cual fue fundada por los toltecas, pues al hablar de los olmecas del territorio de Puebla, Cholula y Tlaxcala dice: “me persuado a que estas cuadrillas eran también de la nación tulteca, y todas sus señas lo indican porque era gente hábil e industriosa”.⁴⁶ Es interesante la forma como Veitia conceptualiza el uso de la lengua como un instrumento válido para establecer nexos de filiación cultural entre diferentes grupos indígenas, por ejemplo, propone la relación con los olmecas xicalancas del valle Puebla-Tlaxcala: “Su lengua era la náhuatl que hoy llaman mexicana, y se tiene por madre; y ésta fue la de la nación tolteca”.⁴⁷ Aunque él mismo reconoce no poseer suficientes conocimientos de la lengua indígena, pues “mi instrucción en el Mexicano es muy

⁴⁵ *Ibidem*, libro I, cap. XIX, v. I, p. 163. Al parecer el poblano se basa en la referencia de Sebastián de Guzmán y Córdova, quien dice que en la mencionada obra Sigüenza “Demuestra en él [*Fénix*] haber predicado los apóstoles en todo el mundo y por consiguiente en América, que no fue absolutamente incógnita a los antiguos. Demuestra también haber sido Quetzalcóatl el glorioso apóstol Santo Tomé, probándolo con la significación de uno y otro nombre, con su vestidura, con su doctrina, con sus profecías, que expresa; dice los milagros que hizo, describe los lugares y da las señas donde dejó el santo apóstol vestigios suyos, cuando ilustró estas partes donde tuvo por lo menos cuatro discípulos”; “Prólogo a quien leyere”, en *Libra astronómica y filosófica*, Carlos de Sigüenza y Góngora, 2a. edición, presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. [16]. Por su parte Boturini afirmaba que “En el precioso *Museo Histórico*, que he juntado, se hallan, assi en Pinturas, como en Manuscritos, Monumentos antiguos de la Predicación Evangelica del Glorioso Apostol Santo Tomás, que los Indios llamaron *Quetzalcohúatl*”, *Idea de una nueva historia general...*, párrafo XXVII, 4, p. 156, véase también XVI, 5, p. 104, XIV, 3, p. 82.

⁴⁶ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. XIII, v. I, p. 137.

⁴⁷ *Ibidem*, libro I, cap. XIII, v. I, p. 137-138.

corta”.⁴⁸ Para el autor la influencia de la tradición del retorno de Quetzalcóatl en la conquista española fue fundamental, pues permitió el avance de los españoles desde la costa del Golfo hasta entrar a Tenochtitlan.⁴⁹

José Francisco Granados y Gálvez (1743-1794)

Si bien las *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico, breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la gran nación tulteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un indio y un español* del franciscano José Francisco Granados y Gálvez,⁵⁰ de 1778, no es en sentido estricto una obra historiográfica, sí manifiesta una visión coherente del pasado anterior a la conquista europea, por lo que es pertinente incluirla en esta revisión. Como se indica en su subtítulo, el libro de Granados y Gálvez está escrito en forma de un diálogo entre un español y un indígena excepcionalmente erudito y elocuente sobre las realidades políticas y sociales de Nueva España

⁴⁸ Veitia, “Discurso preliminar...”, f. 21v., y agrega: “sin embargo de que con el auxilio de artes, vocabularios, he trabajado en la versión de muchos nombres, y frases, para la inteligencia, y averiguación de la verdad en algunos pasajes de la Historia, como se verá en ella, sujetando después mis producciones al examen de los inteligentes, sin cuya aprobación, no me hubiera atrevido a asentarlas en esta obra”.

⁴⁹ Veitia, *Historia antigua...*, libro I, cap. xx, v. 1, p. 170. [Santo Tomás Quetzalcóatl predice la ruina de la pirámide Cholula y la llegada de los españoles] La destrucción de esta torre fue para estas gentes uno de los más memorables acontecimientos, así por lo famoso de ella como por haberse cumplido en su ruina la predicción de Quetzalcohuatl, del mismo modo que la que les hizo de la venida de aquellas gentes del Oriente que se harían señores de la tierra [...] y desde entonces quedaron persuadidos a que había de llegar el tiempo en que tuviese efecto, y guardaban siempre su cumplimiento.

⁵⁰ Sobre este autor véase Horacio Labastida, “Prólogo”, en José Joaquín Granados y Gálvez, *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la gran nación tolteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un indio y un español*, prólogo de Horacio Labastida, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1987; Mónica Liliانا Gómez Montoya, “José Joaquín Granados y Gálvez. La reconciliación de la sociedad novohispana”, México, tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2007 y Keen, *La imagen azteca...*, p. 298-302.

en la segunda mitad del siglo XVIII. El autor reconoce expresamente que sus modelos de escritura son Plinio, Pereira, Ginés de Rócamora y Fernando de Córdova.⁵¹

Como lo ha señalado Julio Le Riverend las *Tardes americanas* no representan un trabajo de investigación novedoso en fuentes antiguas, sino una refundición de las obras hasta entonces publicadas, especialmente la *Monarquía indiana* de Torquemada y la *Idea* de Boturini.⁵² Granados también consultó los trabajos de otros historiadores como Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera y José de Acosta. Asimismo, afirma haber examinado diversos documentos, como “manuscritos, lienzos, mapas, y otros monumentos que tengo registrados, traducidos del mexicano, nahual [sic], y chichimeco a el elegante idioma otomí”.⁵³ Y si bien no es claro que efectivamente revisara dicha documentación, en un pasaje deja cierta duda sobre si utilizó, o por lo menos conoció, el paradero de los restos del Museo Histórico Indiano de Boturini:

La instrucción que el señor de Tetzcuco, Pimentel, Juan de San Antonio, y Bachiller Cano Moctezuma, dieron a los señores virreyes, de las costumbres y modo de gobernarse: la Historia de los Tultecas desde que edificaron a Tula, con la sucesión de ocho soberanos, sus nombres, empleos, y ejercicios, dosalojamientos, y destinos.⁵⁴

Granados y Gálvez distinguía, por boca de su personaje indio, cuatro grandes etapas en la historia indiana. La primera, de la creación del mundo al Diluvio; la segunda, del Diluvio a la muerte de los gigantes; la tercera, del fin de los gigantes hasta la destrucción causada por huracanes y temblores, y la cuarta, desde estos eventos

⁵¹ José Joaquín Granados y Gálvez, *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico, breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y casos ignorados, desde la entrada de la gran nación tulteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos*, prólogo de Horacio Labastida, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Miguel Ángel Porrúa, 1987, “Introducción que sirve de prólogo”, p. [53].

⁵² Le Riverend, “Historiadores de México del siglo XVIII”, p. 80, 92.

⁵³ “Introducción que sirve de prólogo”, en Granados, *Tardes americanas...*, p. [61-62].

⁵⁴ Granados, “Tarde primera”, en *Tardes americanas...*, p. 6.

“hasta la consumación de los siglos por fuego”.⁵⁵ Justamente fue en la tercera etapa en la que floreció el pueblo tolteca.

En sus *Tardes americanas*, Granados y Gálvez retoma y reproduce la añeja tradición indígena que idealizaba a los toltecas, pues para él fueron una

nación útil, dócil, tratable, y provechosa para todas las operaciones y cultivos de la tierra. Fueron los primeros que sembraron el algodón, el maíz, y otros frutos y semillas, para el alimento y conservación de la humanidad: los descubridores del oro, y de la plata, curiosos lapidarios, y ágiles en todas materias.⁵⁶

Es muy interesante que Granados aduzca, en boca de su personaje indiano, los restos materiales de las antiguas construcciones como prueba fehaciente del dicho de las crónicas, pues “la destreza en la Arquitectura, no hace muchos años que se dexaba ver en algunos edificios, cuyas caducas ruinas eran pregoneras de las habilidades de sus Operarios y Alarifes; por cuya causa el nombre Tulteca, importa lo mismo que Artífice grande”.⁵⁷ Aunque quizás el mayor timbre de gloria cultural de este pueblo sea el inventar los registros históricos, pues “los tultecas fueron los que primero dieron principio a la serie formal de la Historia”.⁵⁸ A tal grado que dejaron constancia del Diluvio universal.

Dado el carácter de su obra, Granados no toca explícitamente el tema de los vínculos del pasado tolteca con los mexicas, aunque si los toltecas fueron los introductores del cultivo del maíz y otras plantas, así como los inventores de la escritura y todas las instituciones culturales de primer orden para el mundo indígena, entonces puede decirse que, de manera implícita, los mexicas fueron —al igual que otros grupos— herederos de los grandes aportes culturales de los toltecas.

⁵⁵ Granados, “Tarde tercera”, en *Tardes americanas...*, p. 52.

⁵⁶ Granados, “Tarde segunda”, en *Tardes americanas...*, p. 16.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 16.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 22.

Francisco Javier Clavigero (1731-1787)

Sin duda, la *Historia antigua de México* del jesuita veracruzano Francisco Javier Clavigero⁵⁹ es una de las obras historiográficas mejor logradas y más influyentes del siglo XVIII en el campo de la historia americana.⁶⁰ Clavigero tuvo una sólida formación intelectual, destacó su conocimiento de la filosofía moderna y de los avances científicos de la época. Al igual que el resto de los miembros de su orden, sufrió la expulsión de los jesuitas de los dominios americanos por órdenes del rey Carlos III en 1767, siendo exiliados en la península itálica, donde permaneció el resto de su vida.

Publicada en Italia, traducida al toscano en 1780 en dos volúmenes, la *Historia* de Clavigero tenía múltiples propósitos, como enaltecer a su patria novohispana y vindicar a los indígenas, la naturaleza americana y a los criollos de las críticas —o las calumnias— que se esgrimían en los trabajos de los filósofos ilustrados, pues dice que escribió la obra “para servir del mejor modo posible a mi patria, para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increí-

⁵⁹ Sobre el autor véase las tres principales biografías, la de Juan Luis Maneiro, “Javier Clavijero”, en Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, p. 199-210; la de Charles E. Ronan, *Francisco Javier Clavijero, S. J., 1731-1786. Figura de la ilustración mexicana; su vida y obras*, traducción de Carlos Ignacio Aguilar y otros, Guadalajara, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Universidad de Guadalajara, 1993 y de Arturo Reynoso, *Francisco Xavier Clavigero. El aliento del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica/Artes de México/Universidad Iberoamericana, 2018.

⁶⁰ Para análisis historiográficos de la *Historia antigua de México* de Clavigero véase Julio J. Le Riverend Brusone, “La *Historia antigua de México* del padre Francisco Javier Clavijero”, en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, Ramón Iglesia y otros, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1945, p. 293-323; Miguel León-Portilla, “Francisco Xavier Clavigero”, en *Historiografía mexicana*, coordinación de Juan A. Ortega y Medina, Rosa Camelo y Patricia Escandón, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, v. I, t. I, p. 605-642; y Tania Ortiz Galicia, “De la polémica a la historia. La doble articulación de la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavigero”, en *El Clasicismo en la época de Pedro José Márquez, 1741-1820. Arqueología, historia, música y teoría arquitectónica*, coordinación de Oscar Flores Flores, México Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2014, p. 321-334.

ble de escritores modernos de la América”.⁶¹ También se proponía constituirse en una obra de síntesis histórica y, sobre todo en el tomo dedicado a las disertaciones, en una obra polémica que debatía las ideas de los sabios ilustrados del siglo XVIII.

Clavigero fundamenta el crédito de su *Historia antigua* en el conocimiento personal de las fuentes acerca del mundo indígena, pues afirma que “he leído y examinado con diligencia todo cuanto se ha publicado hasta ahora sobre la materia; he confrontado las relaciones de los autores y he pesado su autoridad en las balanzas de la crítica”.⁶² Además, aseguraba haber estudiado las “pinturas históricas de los mexicanos”, así como los manuscritos resguardados en la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo, pues “en ella vi y estudié el año de 1759 algunos volúmenes de aquella pinturas”; y los restos del Museo Histórico Indiano de Boturini conservados en la Secretaría del Virreynato, donde, afirma: “vi algunas de estas pinturas”.⁶³ Además de conocer la “lengua mexicana”, de la cual escribió unas *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, esto es una gramática del náhuatl.⁶⁴

Pese a estas declaraciones es necesario reconocer que desde su exilio en la península itálica Clavigero tuvo acceso casi exclusivamente a materiales publicados, en ese sentido sin duda su fuente principal fue la *Monarquía indiana* de Torquemada, obra a la que, si bien juzga con dureza, pues su autor “se muestra muchas veces falto de memoria, de crítica y de buen gusto”,⁶⁵ la utilizó ampliamente. Existen algunas referencias que podrían hacer pensar que en algún momento consultó las obras historiográficas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, pues habla de “sus apreciables manuscritos”.⁶⁶

⁶¹ Clavijero, *Historia antigua...*, prólogo del autor, v. I, p. 5.

⁶² *Idem*.

⁶³ Clavijero, “Pinturas”, en *Historia antigua...*, v. I, p. 32.

⁶⁴ Francisco Javier Clavijero, *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974.

⁶⁵ Clavijero, “Noticia de los escritores. Siglo XVII”, en *Historia antigua...*, v. I, p. 20-21.

⁶⁶ *Ibidem*, libro II, cap. 3, v. I, p. 154-155.



Y en otro lugar dice que “de ellas he tomado algunos materiales para mi historia”.⁶⁷ Pero esto no es del todo claro.

La veracidad de las fuentes que refieren al pasado indígena habían sido severamente cuestionadas por los eruditos de la Ilustración, e incluso en ocasiones se llegó al extremo de negarles todo valor para el conocimiento histórico. Al respecto es conveniente transcribir un pasaje donde se refuta a Frances Guillaume Thomas François Raynal, quien dudaba de la autenticidad de la tradición indígena y de las fuentes españolas, a tal grado que ponía en tela de juicio toda la historia anterior al último gran gobernante de Tenochtitlan, el *tlahtoani* Motecuhzoma Xocoyotzin, pues sostenía que sólo eso se podía afirmar sobre el “imperio mexicano” a la llegada de los españoles:

Ved aquí la franqueza de un filósofo del siglo XVIII —replica Clavigero—. ¿Conque nada es permitido afirmar? ¿Y por qué no dudar también de la existencia de Moctezuma? Si es permitido afirmar ésta porque consta por el testimonio de los españoles que vieron a aquel rey, ellos mismos testifican otras muchísimas cosas relativas a la historia antigua de México, que también vieron y que han sido confirmadas después por los propios indios. Conque, o se puede afirmar aquellas cosas lo mismo que la existencia de Moctezuma, o también de ésta hay que dudar.⁶⁸

Aunque más adelante el mismo Clavigero expresa ciertas dudas sobre la total confiabilidad de las fuentes respecto de temas específicos. Así pasa con el espinoso tema de los orígenes de los pueblos americanos, al respecto afirma que: “la historia de la primitiva población de Anáhuac es tan oscura y está alterada con tantas fábulas (como la de los demás pueblos del mundo) que es imposible atinar con la verdad”.⁶⁹ Así, al tiempo que reconoce las limitaciones de las fuentes, estas limitantes son comunes a todas las narraciones de los pueblos antiguos. En otro pasaje el autor advierte que el estu-

⁶⁷ *Ibidem*, prólogo del autor, v. I, p. 16.

⁶⁸ Clavijero, “Noticia de los escritores. Siglo XVIII”, en *Historia antigua...*, v. I, p. 25-26.

⁶⁹ *Ibidem*, libro II, cap. 1, v. I, p. 145.

dioso debe tener cuidado al abordar las antiguas tradiciones, pues señala que “varios de nuestros historiadores que ha querido penetrar en este caos, guiados de la débil luz de las conjeturas, de fútiles combinaciones y de pinturas sospechosas, se han perdido entre las tinieblas de la antigüedad y se han visto precisados a adoptar narraciones pueriles e insubsistentes”.⁷⁰ Entonces, una de la tareas de la historia es ir más allá de esos relatos dudosos y ofrecer una explicación adecuada a los ojos de la razón del siglo XVIII.

Para salir de este delicado problema Clavigero emprende una crítica que combina el sentido común, la comparación de las distintas versiones consignadas en las fuentes y la idea de aceptar sólo aquello que esté dentro del marco de lo que en su opinión es humanamente posible; como el autor lo señala a propósito del estudio de la procedencia de diversos pueblos posteriores a los toltecas:

Por lo que mira a las demás naciones, es increíble la variedad y confusión de los historiadores sobre su origen, su número y el tiempo en que arribaron. El grande y prolijo estudio que he tenido para indagar la verdad sólo me ha servido para aumentar la incertidumbre y hacerme perder del todo la esperanza de que algún día se sepa lo que hasta ahora se ha ignorado. Desechado, pues, lo fabuloso diré lo poco cierto bien fundado que hay en la materia.⁷¹

Entrando en el tema que nos ocupa, Clavigero piensa que los toltecas son el primer pueblo de la antigüedad mexicana sobre el que se puede hablar con cierto grado de certeza. Por otra parte, les concede un alto nivel de desarrollo material y cultural pues “fueron celebradísimos por su cultura y por la excelencia en las artes, de tal suerte que en los siglos posteriores se dio por honor el nombre de toltecas a los artífices más sobresalientes”.⁷² Además, inventaron un calendario solar tan exacto como el usado por los antiguos romanos. Siguiendo la tradición colonial instaurada por Torquemada y

⁷⁰ *Ibidem*, libro II, cap. 1, v. I, p. 146.

⁷¹ *Ibidem*, libro II, cap. 11; v. I, p. 174-175. En esto retoma una tradición jesuita, véase Josel de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, edición crítica de Fermín del Pino-Díaz, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, libro I, p. 9-42.

⁷² Clavijero, *Historia antigua...*, libro II, cap. 2, v. I, p. 149.

continuada por Boturini, sostiene que los toltecas tuvieron noticia “clara y nada equívoca”⁷³ de las tradiciones bíblicas del Diluvio, la Torre de Babel, la confusión de las lenguas y la subsiguiente dispersión de los pueblos, eventos que, recuérdese, en la época se consideraban plenamente históricos.

Así el jesuita forjó una mirada comprensiva y amable de los toltecas, en la cual, al tiempo que les reconocía elevados méritos culturales, los deslinda en parte de los ritos de sangre de los mexicanos, pues “por lo que mira a su religión, eran idólatras e inventores, a lo que parece, de la mayor parte de la mitología mexicana; pero no hay vestigio de que usasen jamás de los bárbaros sacrificios que fueron tan frecuentes entre las últimas naciones que poblaron aquella tierra”.⁷⁴

De entre todos los toltecas destaca Quetzalcóatl, personaje al que considera un ser humano, principal sacerdote de Tula, hombre virtuoso, versado en las artes plásticas y gran legislador, pues “finjían los mexicanos tan feliz el sumo pontificado de Quetzalcóatl, como los griegos y romanos el reinado de Saturno”.⁷⁵ En este punto el jesuita sigue una antigua corriente de pensamiento conocida como evemerismo, creada por el filósofo griego tardío Evémero de Mesene del siglo IV a. C., quien pensaba que los dioses del panteón grecorromano en realidad habían sido notables reyes y héroes, cuyo recuerdo con el paso del tiempo se había desdibujado, y luego fueron deificados por el pueblo.⁷⁶ Para el jesuita esta antigua tradición referente a Quetzalcóatl fue fundamental en los primeros momentos del arribo de los españoles a tierras indias, pues al comienzo confundieron a Hernando Cortés y sus huestes con el retorno del dios, aunque poco después se percataron de su error.

De esta forma llegaba Clavigero al límite de lo que su crítica y concepto de verdad consideraba verosímil y analizable de las tradiciones indígenas, pues: “las pocas noticias que hemos dado de los

⁷³ *Ibidem*, libro II, cap. 2, v. I, p. 151.

⁷⁴ *Ibidem*, libro II, cap. 2, v. I, p. 151-152.

⁷⁵ *Ibidem*, libro VI, cap. 4, v. II, p. 67-68.

⁷⁶ San Isidoro de Sevilla retomó las ideas de Evémero en sus *Etimologías*, de ahí su uso frecuente en la tradición cristiana.

toltecas son las únicas que nos han parecido dignas de algún crédito, desechando varias narraciones pueriles y fabulosas de que han hecho uso sin dificultad otros historiadores”.⁷⁷ Pero con ello descartaba todas las referencias a eventos maravillosos y sobrenaturales en los que intervenían los dioses indios; por lo tanto no podía comprender ni aprovechar en su totalidad e integridad las narraciones y fuentes de tradición indígena.⁷⁸

En numerosos pasajes Clavigero, al igual que Veitia, señala como diversas costumbres, conocimientos, artes y ceremonias usadas por los pueblos chichimecas y nahuas, naturalmente los propios mexicanos, tienen su origen en los toltecas; por ejemplo, fueron grandes lapidarios y orfebres, notables arquitectos, aparecen sobre todo como inventores del calendario, “pero para nosotros nada los hizo más recomendables que el haber sido inventores, o a lo menos reformadores, del método de contar los años de que usaron los mexicanos y demás naciones cultas del Anáhuac”.⁷⁹ De esta manera, los tenochcas, al igual que otros pueblos nahuas de los siglos XV y XVI, eran herederos de las grandezas culturales fundadas por los toltecas.

José Antonio Heredia y Sarmiento (¿1773?-1809)

Caso interesante es el del padre José Antonio Heredia y Sarmiento,⁸⁰ quien en 1803 publicó su *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe*, dentro de este texto guadalupano Heredia incluyó un *Resumen histórico de las principales naciones que poblaron el país de Anáhuac o virreynato de Nueva España*, obra historiográfica que de hecho es más extensa que el propio *Sermón*. De

⁷⁷ Clavigero, *Historia antigua...*, libro II, cap. 3, v. I, p. 154.

⁷⁸ Al respecto véase Miguel Pastrana Flores, “La idea de *tetzáhuitl* en la historiografía novohispana. De la tradición náhuatl a la Ilustración”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, enero-junio de 2014, v. 47, p. 237-252.

⁷⁹ Clavigero, *Historia antigua...*, libro II, cap. 2, v. I, p. 149-150.

⁸⁰ Véase Elías Trabulse, “Prólogo”, en Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento, *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe*, edición facsimilar, presentación de Julio Gutiérrez, prólogo de Elías Trabulse, México, Sociedad Mexicana de Bibliófilos, 2002, XVIII + 156 p., ils., p. III-XI.

esta forma reunía en una misma publicación dos grandes temas del pensamiento criollo dieciochesco, el guadalupanismo y la historia indígena antigua.⁸¹

Otra condición notable de Heredia es que consideraba su *Resumen histórico* como una obra que hoy se conceptualizaría como de síntesis y divulgación histórica que al mismo tiempo corregía mucho de lo ya publicado y ponía al día el tema conforme a la visión de Clavigero. Hay que recordar que pese a algunos intentos la obra del jesuita se tradujo al castellano hasta 1826, y no fue sino hasta 1945 cuando el padre Mariano Cuevas publicó el manuscrito autógrafo en español, y si bien circularon algunos ejemplares de la edición de 1780 en Nueva España estos debieron ser escasos.⁸² Tal como lo señala Heredia en la advertencia que puso al final del *Resumen*:

Este resumen histórico, que solo para dar alguna idea de las antiguas naciones que poblaron este país de Anáhuac, y de su gobierno y costumbres, hemos puesto al fin de nuestro *Sermón*; aunque en varios puntos no concuerda con lo que sobre su contenido han escrito muchos historiadores de mérito, cuya autoridad veneramos: está acorde en todo con lo que del mismo asunto escribió el sabio ex-jesuita veracruzano Don Francisco Xavier Clavigero: cuya autoridad tiene para nosotros mayor peso, y debe tenerlo para todos en comparación a los demás historiadores de esta América.⁸³

⁸¹ Heredia fue un notable orador sagrado y prueba de ello es la publicación de varios sermones suyos. Poco es lo que se conoce de este personaje, los escasos datos provienen de las portadas de sus trabajos, por lo que es conveniente citarlas: *Colegial de Oposición, Catedrático de Latinidad, de Filosofía y Retórica en el Real y Pontificio Colegio Seminario de dicha Corte, y Cura Juez Eclesiástico interino que fue de Metepec, de San Felipe el Grande, de Ozolotepec, de Ozumba, de la nueva Villa de Santa María de Peña de Francia y Cura propio que es hoy de San Miguel Coatlichan.*

⁸² Véase la reproducción fotográfica de “Carta de Clavigero a la Universidad de México” en que menciona el envío de 20 ejemplares de su obra en la primera edición de Porrúa de la *Historia antigua...* de 1945, dicha carta no aparece en la segunda edición de 1958 ni en las ediciones de la colección “Sepan Cuantos...” de esa misma casa editorial.

⁸³ Heredia y Sarmiento, “Resumen histórico de las principales naciones que poblaron el país de Anáhuac o virreynato de Nueva España”, en *Sermón panegírico de la gloriosa aparición de nuestra señora de Guadalupe, México*, Imprenta de Doña María Fernández Jauregui, 1803, p. 154-155.

Heredia no solo divulgó las ideas de Clavigero, sino que hizo ilustrar su propio texto de versiones novohispanas, en ocasiones corregidas, de cinco de los grabados que acompañaban la edición europea de la obra del jesuita.

En consonancia con esta visión, para Heredia, Tula no solo es una ciudad real, sino “una de las más celebradas de la historia de México”.⁸⁴ Al igual que sus modelos y fuentes historiográficas, Heredia consigna una imagen idealizada de los toltecas como modelo de grandes realizaciones en el ámbito cultural:

La nación Tulteca fue muy civilizada: vivían en sociedad congregados en ciudades bien arregladas baxo la dominación de su soberano, y la dirección de las leyes. Eran poco guerreros, y muy dados al cultivo de las artes. A su agricultura se reconocen deudoras las naciones posteriores.⁸⁵

Dada su condición de texto que sintetizaba las ideas modernas y no de ser una obra original, poco es lo que puede añadirse a su visión de los toltecas y su ciudad.

Para cerrar

La tradición historiográfica colonial fue fundamental para el tema de Tula, pues se recogió información de raigambre indígena sobre ella y se repitió el lugar de la ciudad de los toltecas como una urbe ideal. El esfuerzo inicial de Boturini fructificó en un grupo de estudiosos que crearon obras renovadoras en el tema de la historia antigua, y en particular arrojaron nuevas luces sobre Tula y los toltecas. Sin embargo, estos estudiosos estaban limitados por el difícil acceso a las fuentes y, por ende, el escaso conocimiento que tenían de ellas, y las que conocían ofrecían a sus ojos un caos cronológico, mientras que en muchas ocasiones su alcance temporal era muy limitado, unas cuantas generaciones atrás, y en otras ocasiones para

⁸⁴ *Ibidem*, p. 73.

⁸⁵ *Idem*.



poder vincular el pasado indígena con el bíblico se veían obligados a extender enormemente las cronologías. Debe agregarse la barrera del idioma en el caso de los textos en náhuatl que sólo algunos de ellos, como Clavigero y Antonio de León y Gama, podían leer, así como las grandes dificultades en la interpretación de los pocos códices que pudieron consultar.

Los autores oscilaron entre ver a las fuentes como totalmente confiables y creíbles o considerarlas como contaminadas de fábulas inaceptables y, aunque lo intentaron, no lograron establecer un sistema o método claro para deslindar, según su propio concepto de verdad, lo creíble o verdadero de lo falso o fantasioso. En general, para ellos, Tula y los toltecas son reales, seres humanos que crearon una gran ciudad, así como los fundamentos sociales, políticos, religiosos y culturales del mundo indígena que enfrentó la conquista española.